

# homosexualidad y

## III: replanteamientos

Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,  
porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
cuya respuesta no existe,  
una hoja cuya rama no existe,  
un mundo cuyo cielo no existe.  
(L. Cernuda: *La Realidad y el Deseo*).

En la primera parte de este trabajo <sup>1</sup> nos hemos situado a nivel de los datos biológicos y psicosociales sobre la homosexualidad. El objetivo primordial de tal acercamiento a la biología y a las investigaciones psicosociológicas venía dado por el deseo de ampliar el horizonte excesivamente reducido de la clínica donde se han elaborado la mayoría de los discursos sobre la homosexualidad.

La segunda parte <sup>2</sup> la dedicamos por entero a investigar el origen y el diagnóstico de la homosexualidad en la obra de S. Freud. El pensamiento freudiano sobre la cuestión homosexual está en la base de la mayoría de las opiniones médicas incluso en aquellas que no se sitúan en una perspectiva psicoanalítica. Por otra parte, una escasa percepción del conjunto teórico freudiano, así como de la evolución de algunos de sus conceptos más importantes en torno a la homosexualidad, ha posibilitado que Freud sea utilizado para apoyar las posiciones más diversas y encontradas en torno al tema.

Vamos, por último, a retomar el discurso psicoanalítico sobre la homosexualidad intentando desentrañar algunos olvidos y contradicciones que, junto a los datos biológicos y psicosociológicos, obligan a todo un replanteamiento de la cuestión.

### 1. Deformaciones y «olvidos» post-freudianos

El pensamiento freudiano en torno a la homosexualidad presenta determinadas lagunas y algunas contradicciones. No obstante, el conjunto se nos ofrece como un cuadro bastante coherente y, sobre todo, abierto a posibles modificaciones. Freud era consciente de que el fenómeno homosexual posee

(1) *Homosexualidad (I): Datos y reflexiones*, Proyección n. 117 (1980), 51-68.

(2) *Homosexualidad (II): Origen e interpretación según S. Freud*, Proyección n. 118 (1980), 59-74.

una complejidad de proporciones suficientes como para no cerrar cuestiones de un modo definitivo o dogmático. Son numerosos los textos en los que confiesa las limitaciones de los conocimientos adquiridos psicoanalíticamente sobre el origen y la valoración de la homosexualidad. Quizás en pocos temas adoptó Freud una postura tan modesta. «El análisis de la homosexualidad –nos dice– no es tan sencillo como suele afirmarse tendenciosamente»<sup>3</sup>. Al mismo tiempo, Freud es consciente de las limitaciones metodológicas que la investigación psicoanalítica comporta. La diversidad de homosexualidades que las investigaciones psicosociológicas nos han puesto de relieve, es sospechada por Freud, lo que le lleva a admitir la posibilidad de estar reducido en su estudio a un solo tipo de ellas. En una nota añadida en 1919 al ensayo sobre Leonardo (1910) Freud señala que «aquello que por razones prácticas llamamos homosexualidad puede surgir de muy diversos procesos psicosexuales de coerción, y el proceso por nosotros descubierto no es quizás sino uno entre muchos, no refiriéndose sino a uno de los diversos tipos de homosexualidad»<sup>4</sup>. Del mismo modo, la continua referencia a la intervención de factores constitucionales y la confesada ignorancia en cuanto a sus modos de actuación, suponen siempre también una llamada de atención para evitar afirmaciones generalizadas y dogmáticas.

En definitiva, Freud es consciente de que la investigación psicoanalítica ofrece grandes posibilidades pero que implica también grandes limitaciones. Y es precisamente el tema de la homosexualidad uno de los que le hacen tomar conciencia de tal limitación. A propósito de ella afirma algo de suma importancia que el psicoanálisis posterior, en un determinismo ingenuo, parece haber olvidado: «en tanto que perseguimos regresivamente la evolución, partiendo de un resultado final, vamos estableciendo un encadenamiento ininterrumpido y consideramos totalmente satisfactorio e incluso completo el conocimiento adquirido. Pero si emprendemos el camino inverso, partiendo de las premisas descubiertas por el análisis, e intentamos perseguir su trayectoria hasta el resultado, desaparece nuestra impresión de una concatenación necesaria e imposible de establecer en otra forma. Advertimos enseguida que el resultado podría haber sido distinto y que también habríamos podido llegar igualmente a comprenderlo y explicarlo. Así pues, la síntesis no es tan satisfactoria como el análisis o, dicho de otro modo, el conocimiento de las premisas no nos permite predecir la naturaleza del resultado»<sup>5</sup>. Toda la cuestión del estatuto científico del psicoanálisis se encuentra aquí implicada. Es una temática en la que no podemos adentrarnos, pero nos interesa señalar aquí, que Freud es consciente (a partir del análisis de la homosexualidad) de las limitaciones de su investigación. El hecho de que

---

(3) S. FREUD: *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, Madrid 1973, pág. 2560.

(4) S. FREUD: *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, O. C., II, pág. 1599.

(5) S. FREUD: *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, págs. 2559-2560.

las premisas no permitan predecir los resultados hace, por ejemplo, que dada la premisa de la angustia de castración, Freud confiese no saber por qué «algunos se tornan homosexuales a consecuencia de dicha impresión, mientras que otros la rechazan, creando un fetiche, y la inmensa mayoría la supera»<sup>6</sup>.

Esta actitud de suma modestia y prudencia científica, contrasta con la mayor parte de la literatura psicoanalítica posterior en torno a la homosexualidad. Se podría confeccionar una auténtica antología de afirmaciones arbitrarias, dogmáticas y, muchas veces, apasionadas sobre el fenómeno homosexual, que fundamentan, en parte, el desprestigio de los psicoterapeutas ante los psicólogos experimentales, investigadores psicosociales y antropólogos. Ciertamente, dan pie para la fácil ridiculización de la técnica y de la interpretación psicoanalítica. El fantasma de la homosexualidad parece haber tendido sus trampas entre quienes, teóricamente, mejor estaban preparados para evitarlas.

La gran revolución que supuso la afirmación de la dimensión homosexual de toda sexualidad humana, y la consiguiente ruptura de la frontera bien establecida entre homo y heterosexuales, parece haber resultado también insopportable para muchos psicoanalistas. Si Freud, con sus dudas y vacilaciones, supuso un esfuerzo en la relativización de las diferencias entre la homosexualidad y la heterosexualidad, muchos psicoanalistas posteriores parecen haber puesto su empeño en marcar de nuevo las diferencias y barreras. Lo homosexual ha ido apareciendo de nuevo en la literatura psicoanalítica como una categoría bien diferenciada y aparte. Si las antiguas teorías de la degeneración y el innatismo no posibilitan ya mantener al homosexual como un ser aparte, ahora recaen sobre él todo tipo de mecanismos psicopatológicos, tanto de orden neurótico como psicótico, cuando no —en una clara extrapolación de los ejes de referencias— de orden ético y moral. No existe prácticamente ni un solo rasgo psicopatológico que no haya sido aplicado a la homosexualidad. No existe ni un tipo de neurosis o de psicosis que no haya sido descubierta en la estructura de lo homosexual. No existe un punto de fijación o regresión que no haya sido presentado como la explicación última y definitiva de la homosexualidad<sup>7</sup>.

El homosexual —se nos dice— padece un masoquismo profundo, un sadismo intenso, un fondo autista, una viva depresión, un acentuado exhibicionismo, una soledad inexorable y de significación patológica, una angustia creciente,

(6) S. FREUD: *Fetichismo*, O. C., III, pág. 2994.

(7) Cfr. Ch. SOCARIDES: *The overt homosexual*, New York 1968, es especial págs. 35-102; E. BERGLER: *La homosexualidad y las encuestas Kinsey* en A. M. KRICH: *Los homosexuales vistos por sí mismos y por sus médicos* Madrid 1966, págs. 324-355; G. W. HAMILTON: *Incesto y homosexualidad*, en *Ib.*, págs. 308-323.

una imposibilidad de experimentar emociones profundas, de actualizar su potencialidad intelectual, de aplicarse a un trabajo de modo contínuo junto con una tendencia al parasitismo, vive animado por una fantasía de venganza, de deshumanizar la relación y de propinar daño a otro. Y, por supuesto, un narcisismo radical que le imposibilita absolutamente para aceptar la diferencia y, por tanto, al otro<sup>8</sup>.

Para unos existe una íntima relación entre la homosexualidad y la neurosis obsesiva; para otros, la relación se establece con la histeria, para otros con la neurosis fóbica. Hay quienes piensan que la homosexualidad está, más bien, cerca de la psicosis; para unos maníaco-depresiva, para otros paranoica y, para otros, esquizofrénica<sup>9</sup>.

Más allá de los síntomas y de los cuadros clínicos, se han forjado también imágenes sobre la homosexualidad más propias del simple prejuicio social que del diagnóstico clínico en el que pretenden situarse. El homosexual es «un cazador frenético de penes», un «fugitivo asustado» respecto a sus imágenes incoscientes de la mujer, un «cínico» y un «altanero», un «obseso sexual» que no puede, como el heterosexual, vivir aparte de su sexualidad, pues, ésta constituye «su mundo y su destino», no es capaz de amistad, y, si ha destacado en el mundo del arte, es por atraer el interés de los demás y darse «gusto al narcisismo con las felicitaciones y los aplausos»<sup>10</sup>.

Ante tal estado de cosas, podríamos preguntarnos si no preferirían los homosexuales volver a ser considerados seres aparte bajo el título de degeneración nerviosa antes que caracterizarlos con tales rasgos «psicológicos». Como afirma un psiquiatra homosexual, una actitud auténticamente racista se esconde en la teoría y en la práctica de muchos psicoanalistas. Y una mentira, porque es de todas luces evidentes, que todo rasgo psicopatológico, toda neurosis y toda psicosis puede ser hallada en la población homosexual como puede encontrarse en la población heterosexual sin que a nadie se le ocurra asociar tales psicopatías a la heterosexualidad. De ahí la acusación del psiquiatra homosexual al que aludimos: «Acuso a los psicoanalistas de mentir por omisión

(8) Todos estos rasgos psicopatológicos son recopilados de entre diversos autores psicoanalíticos por F. GIUNCHEDI: *La Chiesa e l'omosessualità*, La Civiltà Cattolica 130 (1979) págs. 468-478. El artículo de E. JONES citado por el autor como *Early Development of Female Homosexuality*, (476) se titula realmente *Early Development of Female Sexuality*, International Journal of Psychoanalysis (1927), Págs. 459-472.

(9) Cfr. la segunda parte de nuestro estudio *Homosexualidad (II): Origen e interpretación según S. Freud*, Proyección 27 (1980) nota 16 en donde hacíamos una incursión en el tema de la relación entre la homosexualidad y los cuadros clínicos.

(10) Cfr. E. BERGLER: *La homosexualidad y la encuesta Kinsey*, ib., págs. 324-255 y M. ECK: *Sodoma. Ensayos sobre la homosexualidad*, Barcelona 1968, págs. 234. 243. 254. Hay que señalar que ambos autores han tenido una amplia resonancia en la literatura sobre la homosexualidad.

al ocultar a su público y a su clientela que todas las perturbaciones psíquicas o sexuales (...) que atribuyen con complacencia a los homosexuales se encuentran también más o menos en los heterosexuales»<sup>11</sup>. El que algo tan evidente resulte ser algo tan olvidado, no deja de poseer un cierto carácter sintomático. Quizás nos encontremos con una expresión de la *obsesión heterosexual* que vive nuestra cultura como indica S. Ferenczi en su famoso ensayo sobre el homoerotismo<sup>12</sup>.

Lo cierto es que el discurso post-freudiano sobre la homosexualidad reviste generalmente tal confusión, tales contradicciones, tal falta de rigor científico, que hacen nacer la sospecha de que tras ella se oculta una cierta imposibilidad teórica, fruto de la falsificación de unos presupuestos o de una insuficiente clarificación de los mismos. Los «olvidos» y las deformaciones post-freudianas deben conducir a un serio replanteamiento de algunas cuestiones fundamentales.

### 1.1. La pulsión y el objeto

Quizás uno de los datos menos tenidos en cuenta, y que ha ido conduciendo a una progresiva ininteligencia del fenómeno homosexual, sea el de la *separación original de la pulsión y el objeto*. De ahí, que se siga creyendo en la intrínseca y necesaria orientación heterosexual de la libido. Ello significa olvidar uno de los pilares básicos en los que se apoya toda la concepción psicoanalítica sobre la sexualidad. Desde los *Tres ensayos...*, Freud es claro al respecto: «Para el psicoanálisis, la falta de toda relación entre el sexo del individuo y su elección de objetos masculinos y femeninos (...) parece constituir la actitud primaria y original, a partir del cual se desarrolla luego el tipo sexual normal o invertido, por la acción de determinadas restricciones y según el sentido de las mismas»<sup>13</sup>. Tal separación original entre la pulsión y su objeto viene a coincidir, por otra parte, con todas las consideraciones biológicas que realizamos en la primera parte de nuestro trabajo: existe una progresiva relajación de los controles específicos de la sexualidad que conducen a que la masculinidad o femineidad de un sujeto no dependa tanto de imperativos biológicos cuanto de condicionamientos culturales y psicológicos<sup>14</sup>. A partir de esta desconexión originaria

(11) UN PSIQUIATRA HOMOSEXUAL: *¿Enfermos de la cabeza?* en F. H. A.R.: *Documentos contra la normalidad*, Barcelona 1979, pág. 46. Cfr. igualmente: M. HOFFMAN: *L'Univers homosexuel*, París 1968, págs. 189-199; E. VAN DEN HAAG: *Notes on homosexuality and its cultural setting* en H. M. RUITENBEEK: *The Problem of Homosexuality*, New York 1963, págs. 297-ss.

(12) S. FERENCZI: *L'homoerotisme: nosologie de l'homosexualité masculine*, O. C., II, París 1970, págs. 117-129.

(13) S. FREUD: *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, Nota añadida en 1915, pág. 1178.

(14) Cfr. la primera parte de nuestro estudio: *Homosexualidad (I): Datos y reflexiones*, Proyección n. 117 (1980), 51-68.

entre la pulsión y el objeto, la heterosexualidad, pues, no aparece como algo espontáneo sin más, sino explicable a partir de una historia determinada. A este respecto, Freud afirma: «En un sentido psicoanalítico, el interés exclusivo del hombre por la mujer constituye también un problema, y no algo natural, basado últimamente en una atracción química»<sup>15</sup>. La orientación sexual definitiva tiene efectos después de la pubertad y como resultado de toda una serie de factores constitucionales y occidentales tanto para la homosexualidad como para la heterosexualidad.

Desde una perspectiva prevalentemente conductista y antropológica, Tripp insiste igualmente en la necesidad de no plantear lo heterosexual como algo natural y espontáneo: «La gente es específicamente heterosexual a causa de que ha sido condicionada por su educación para esperar y desear que así sea»<sup>16</sup>. De ahí, que en su obra *La cuestión homosexual*, dedique un capítulo a la investigación del origen de la heterosexualidad antes de entrar en el estudio del origen de la homosexualidad. En la misma línea se sitúa M. Hoffman afirmando que la mayoría de los sujetos eligen la heterosexualidad porque, de hecho, no se les presenta otra alternativa<sup>17</sup>. Tales afirmaciones pueden chocar a un profano, pero deberían constituir algo más familiar para los psicoanalistas, especialmente para aquellos que insisten en sus orígenes freudianos. Los datos de la biología y de la psicología experimental deberían también familiarizar con el hecho a los que no se inscriban en tal línea psicoanalítica freudiana.

Por otra parte, tampoco deberíamos olvidar que la orientación sexual definitiva no se realiza nunca de un modo radical y completo. Existe toda una oscilación entre lo masculino y lo femenino en la vida erótica humana. «Nuestra libido —afirma Freud— oscila normalmente toda la vida entre el objeto masculino y el femenino»<sup>18</sup>. El cine y la novela han sabido muchas veces recoger esta oscilación mejor que muchos tratados de psicología<sup>19</sup>.

Las tendencias homosexuales y heterosexuales se encuentran en un conflicto continuo por imponerse. Quizás a ello se deba la «compulsión heterosexual» de la que nos habla Ferenczi y la necesidad de ver en la norma heterosexual conseguida por cada uno lo único posible, lógico y humano. Pero ello constituye un paso en falso que, a la hora de tratar sobre la sexualidad humana, desvía de

(15) S. FREUD: *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, pág. 1178.

(16) C. A. TRIPP: *La cuestión homosexual*, Madrid 1977, pág. 61.

(17) Cfr. M. HOFFMAN: op. cit. pág. 162.

(18) S. FREUD: *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, O. C., III, pág. 2502. En el mismo sentido se expresa en *Análisis terminable e interminable*, O. C., III, págs. 3358-3359.

(19) Por citar sólo un film reciente, tenemos en *La Luna* de B. Bertolucci una magnífica muestra de tal oscilación en la que el leit-motiv de la Luna opera como símbolo de la bisexualidad.

un modo progresivo, dando pie a numerosas falsificaciones y contradicciones, en especial, a la hora de tratar el fenómeno homosexual.

## 1.2. *Narcisismo y elección de objeto*

Muy relacionada con la creencia de la inexorable heterosexualidad de la pulsión, se encuentra otro equívoco importante en la visión de muchos psicoanalistas sobre la homosexualidad. Se trata del convencimiento, más o menos manifiesto, de que sólo la elección de objeto homosexual está relacionada con el narcisismo. Existe un fragante «olvido» en la cuestión. Por esta razón nos detuvimos en la segunda parte de nuestro trabajo en analizar la relación entre narcisismo y homosexualidad<sup>20</sup>. Retomemos la cuestión.

En la *Introducción al narcisismo* (1914), Freud ve en la vida erótica humana un camino importante para la investigación de la dimensión narcisista de la personalidad. Freud distingue *dos tipos de elección de objeto*: una llamada de «apoyo» (o *anaclítica*) y otra de tipo *narcisista*. La elección de «apoyo» es aquella en la que el objeto de amor se elige sobre el modelo de las figuras parentales; la narcisista, es aquella en la que la elección se efectúa sobre el modelo de la relación del sujeto con su propia persona. Nos detendremos más adelante en el análisis de la elección de objeto de «apoyo». Ahora nos interesa destacar que el segundo tipo de elección de objeto, el narcisista, no constituye para Freud un monopolio de la elección homosexual.

El narcisismo infantil está presente en todo tipo de elección de objeto (incluso en la de «apoyo» o anaclítica) y se da, según Freud, de un modo especial en la elección de objeto de la mujer (heterosexual, se entiende). Resumiendo los modos de elección de objeto narcisista, Freud establece los siguientes: *buscar en el otro lo que uno es (a sí mismo), lo que uno fue alguna vez, lo que uno quisiera ser y, por último, la persona que fue parte de uno mismo*. Tales modos de elección de objeto se pueden dar en el hombre y en la mujer (Freud piensa que más en la mujer) y, desde luego no son privativos de la elección de objeto homosexual. Por otra parte, tampoco se debe pensar que ambos modos de elección de objeto, de «apoyo» y narcisista, se excluyen mutuamente. Todo tipo de elección de objeto se realiza, de un modo u otro, con cierto carácter anaclítico y con unas dimensiones narcisistas. Ambos modos, no suponen, afirma Freud, «que los hombres se dividan en dos grupos según realicen su elección de objeto conforme al tipo de apoyo o al tipo narcisista, sino que (...) el individuo encuentra ante sí dos caminos distintos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno

(20) Cfr. *Homosexualidad (II): Origen e interpretación según S. Freud*, *Proyección* n. 118 (1980), 59-74.

de los dos»<sup>21</sup>. Pero además, si como afirma también Freud, la elección de «apoyo» se realiza también con intervención o por una transferencia del narcisismo infantil<sup>22</sup>, tenemos que siempre y en diferentes grados, amamos lo que se nos ha parecido, se nos parece, o corresponde a cierta imagen de nosotros no realizada en la vida (nuestra parte femenina o masculina). Expresado en la terminología empleada por C. A. Tripp, la relación amorosa, homo u heterosexual, se realiza bajo una dialéctica de «importación-exportación» en la que, añadimos nosotros, entran en juego tanto lo anaclítico como lo narcisista, la búsqueda de lo otro tanto como la búsqueda de uno mismo<sup>23</sup>.

La insistencia de muchos psicoanalistas, psiquiatras y moralistas en el narcisismo fundamental del homosexual supone una tergiversación de los hechos y de los textos freudianos en los que pretenden apoyarse. Se olvida que el tipo de elección de objeto narcisista puede estar tan presente en el homosexual como en el heterosexual, y que, en todo tipo de elección de objeto se da una dimensión narcisista.

La *Introducción del narcisismo* supone para Freud una profundización de las tesis enunciadas poco antes en el *Caso Schreber*. Ya vimos, como en este último texto, Freud introduce dentro del esquema de la evolución de la libido, un estadio narcisista entre el autoerótico y el de la elección de objeto. Habría que preguntarse, a la luz de las nuevas formulaciones de la *Introducción al narcisismo*, si el esquema del *Caso Schreber* constituido por el camino del autoerotismo-narcisismo –elección de objeto homosexual– elección de objeto heterosexual no debería ser modificado del modo siguiente:

autoerotismo–narcisismo–elección de objeto { *homosexual*  
*heterosexual*.

Ya indicaremos posteriormente cómo la elección de objeto homosexual puede realizarse también bajo el modo de «apoyo» o anaclítica, pues, no olvidemos que Freud se reduce generalmente a un tipo de homosexualidad y, por tanto, a un sólo tipo de elección de objeto dentro de ella: la que se realiza bajo el modo narcisista.

Como ya indicamos anteriormente, quizás no se pueda ir más allá de la afirmación de Freud en la *Introducción al Psicoanálisis* de que «la elección de objeto homosexual se halla *originariamente más cerca* al narcisismo que la elección de objeto heterosexual»<sup>24</sup> (el subrayado es nuestro). Los dos tipos de elección de

(21) S. FREUD: *Introducción al narcisismo*, O. C., II, pág. 2025.

(22) *Ib.* pág. 2025.

(23) C. A. TRIPP: *op. cit.* págs. 79-92.

(24) S. FREUD: *Introducción al Psicoanálisis*, O. C., II, pág. 2388.

objeto tienen que ver con el narcisismo y, los dos, ya lo veremos, tienen que ver con los deseos y las identificaciones infantiles. Del mismo modo, los dos han de enfrentar al reto de superar tales raíces.

No estaría mal, por lo demás, señalar que habría que relativizar hasta cierto punto el rígido evolucionismo freudiano en cuanto a los estadios de la evolución libidinal. Tal evolucionismo, sabemos bien, constituye una de las deudas de Freud a la moda darwiniana de la época, constituyendo algunas veces para él una auténtica obsesión que en más de una oportunidad le conduce a un verdadero forzamiento de los datos (así ocurre, por ejemplo, en *Totem y tabú* y en *Moisés y la religión monoteísta*).

Se puede aventurar igualmente que en el esquema freudiano, donde lo heterosexual aparece como el último paso de la evolución libidinal, subyace un sustrato de tipo biologista por el que la relación heterosexual queda privilegiada por la razón de que sólo en ella se da «una subordinación a la función reproductora»<sup>25</sup>. Tal planteamiento está en evidente desacuerdo con la teoría psicoanalítica y con afirmaciones freudianas posteriores.

Datos provenientes del laboratorio experimental deberían, por otra parte, corregir, o, al menos, matizar muchas de las afirmaciones clínicas sobre la imposibilidad de un auténtico encuentro con el otro entre los homosexuales. Así, por ejemplo, la investigación de Masters and Johnson hace destacar de un modo prominente (según declaración de los autores constituye el dato más revelador del estudio) el hecho de que es mucho lo que la pareja heterosexual debe aprender del modo en que la pareja homosexual se encuentra en la relación sexual. Entre homosexuales se da un mayor involucramiento subjetivo, que los autores atribuyen a una mayor comunicación e información existente entre ellos. Se advierte, en general, una mayor preocupación por la satisfacción del otro que en la pareja heterosexual, donde muchas veces se cometen auténticos atropellos por falta de información, de comunicación y debido, sin duda también, a la mentalidad machista prevaleciente en nuestra cultura<sup>26</sup>.

En definitiva, la mayor posibilidad de elección de objeto narcisista que pueda darse en la orientación homosexual, creemos que es tendenciosamente exagerada y tergiversada cuando se olvida que el narcisismo y su elección de objeto correspondiente no constituye un monopolio de la homosexualidad. Existe una tendencia a encerrar definitivamente al homosexual en un juego de espejos, donde de ningún modo puede escapar a la búsqueda de sí mismo. No admite la «diferencia», se dice, y se dice con una insistencia y un absolutismo tal, que

(25) S. FREUD: *Tres ensayos para una teoría sexual*, O. C., II, pág. 1210.

(26) Cfr. MASTERS AND JOHNSON: *Homosexuality in Perspective*, New York 1979, págs. 210-225.

uno acaba preguntándose si con ello no estaremos precisamente negando la diferencia, la diferencia de lo otro negado en nosotros, es decir, de la homosexualidad como un modo más, diferente, de elección de objeto. Nuestra propia identidad psicosexual parece de algún modo amenazada y nos conduce, paradójicamente, a la negación de la diferencia.

### 1.3. *Edipo, castración y elección de objeto*

Muchas veces, de la afirmación de que el homosexual ha realizado una elección de objeto de tipo narcisista, parece colegirse, al silenciarse otros datos, que ha elegido «mal», que la elección correcta es aquella en la que se busca el objeto no por referencia a uno mismo sino a otro, es decir, según el tipo de elección de objeto de «apoyo» o anaclítica. Con facilidad se opera una transposición de ejes de referencias, por el que se identifica narcisismo con egoísmo y elección de «apoyo» como entrega y amor. Todo ello, además de una injustificada extrapolación de planos, constituye también un equívoco.

Ya hemos visto que el tipo de elección de objeto narcisista no es exclusivo de la elección homosexual de objeto. Pero además, se hace necesario analizar más de cerca el tipo de elección de objeto de «apoyo» para evitar ciertas idealizaciones derivadas de una lectura de contenido más moralizante que psicoanalítica. Veremos también, cómo tal modo de elección de objeto no ha de ser considerado necesariamente exclusivo de la heterosexualidad.

Si conforme al tipo narcisista, el sujeto elige lo que uno es, fue o quisiera ser, el tipo de elección de «apoyo» se realiza, según Freud, *conforme al modelo de la madre nutriz o del padre protector*. Las figuras parentales, en tanto que aseguran al niño alimento, cuidado y protección se constituyen en modelos o «apoyos» del objeto que satisface sexualmente. La articulación de la elección de objeto en el adulto con las imágenes edípicas ha sido puesta en evidencia por Freud y constituye uno de los datos más fácilmente comprobables en la clínica. Por eso, indica Freud, el enamoramiento, dada su articulación con lo edípico, «tiene el poder de levantar represiones y volver a instituir represiones (...) tiene efecto, según el tipo de elección de objeto por apoyo, y bajo la base de la realización de condiciones eróticas infantiles»<sup>27</sup>. La elección de la mujer o del hombre para formar la pareja se apoya, pues, en las imágenes parentales y viene a constituir, de algún modo, como una sublimación de los deseos incestuosos del Edipo.

De todo ello se deriva que la elección de objeto heterosexual no tiene garantizada sin más el acceso a una meta en la que se hubiesen superado todas las

(27) S. FREUD: *Introducción al narcisismo*, O. C., II, pág. 2032.

barreras para, por fin, estar capacitado para la entrega, el reconocimiento del otro y del amor. Articulada con la situación edípica, puede quedar encerrada en sus fantasmas o puede, a partir de ella, dar base para un auténtico encuentro más allá de las imágenes de la mujer nutriz o el hombre protector. Todo esto resulta bastante evidente y casi de perogrullo. Sin embargo, de la insistencia en que el homosexual, por serlo, ha elegido según unos moldes infantiles, parece colegirse que la heterosexualidad, por serlo, tiene asegurada la madurez del encuentro con el otro. Subyace con frecuencia un discurso moralizante por el que se identifica *homosexualidad-narcisismo-imposibilidad de encuentro*, por una parte, y *heterosexualidad-búsqueda del otro-amor*, por otra; cuando en realidad, los seis elementos pueden combinarse entre ellos de todos los modos posibles.

Hay que preguntarse, por otra parte, si la elección de objeto de «apoyo» se da sólo en la elección de objeto heterosexual. Una insuficiente diferenciación de estructuras homosexuales ha conducido muchas veces a una generalización injustificada sobre sus modos de elección de objeto. Ya indicamos anteriormente cómo Freud, en sus primeras incursiones en la explicación del origen homosexual, está refiriéndose sólo a un tipo concreto de homosexualidad: aquel que busca en su objeto una transacción o compromiso entre lo masculino y femenino. Más tarde reconoció que posiblemente estaba considerando un sólo tipo de homosexualidad y que habría que investigar otros muchos. Indicábamos también, cómo la búsqueda del padre o de la madre, según el modelo del Edipo invertido, apenas era destacado por Freud. El padre, parecía ser sólo objeto de odio, a pesar de la insistencia freudiana en la ambivalencia afectiva respecto a él. Todo ello, nos conduce a pensar que el modo de elección de objeto narcisista, no constituye el único cauce de elección de objeto homosexual; habría que considerar un modo de elección de objeto de «apoyo» a partir del cual el homosexual buscaría un padre protector y la mujer homosexual una madre nutriz. Ambos estarían situándose en una clave distinta de la elección de objeto narcisista, sin que ello implique, desde luego, ninguna garantía de madurez frente al modo de elección de objeto conforme al narcisismo. Tanto el homosexual como el heterosexual pueden quedar apresados en las mallas de los fantasmas edípicos o del narcisismo; o pueden, a partir de los modelos edípicos y del narcisismo, caminar hacia un auténtico encuentro con el otro que supondría haber asumido la propia carencia derivada del complejo de castración.

Con ello entramos en uno de los puntos más debatidos en cuanto a los juicios clínicos sobre la homosexualidad. *La amenaza de castración* constituye para muchos autores la gran marca nunca superada en la dinámica homosexual.

El homosexual es un ser asustado por la amenaza de castración. La mujer le suscita un fantasma de mutilación imposible de soportar, y, de ahí, su búsqueda del pene que le reasegura frente a la amenaza continua. El miedo a la heterosexualidad queda así como la pieza clave del origen y la dinámica del homosexual.

Pensamos, sin embargo, que nos encontramos frente a otro presupuesto psicoanalítico no suficientemente clarificado que podría estar en la base de la confusión teórica existente sobre la homosexualidad. Muchos elementos quedan sin una explicación coherente cuando se intenta generalizar la no superación de la castración a todo tipo de homosexualidad.

El esquema comienza a mostrar sus puntos débiles, cuando se intenta aplicar a la homosexualidad femenina. La mujer, en su intento de negar su mutilación, adopta una posición masculina y fantasea que posee un pene. De este modo no entra en la situación edípica de búsqueda del padre y la consiguiente aceptación de su feminidad. O bien, decepcionada por el padre, regresa al complejo de masculinidad previo al Edipo. La homosexualidad se presenta entonces como la solución para el mantenimiento de su fantasía masculina. Sin embargo, no se ve muy bien, cómo una valoración tan suprema del pene que impide aceptar el no poseerlo pueda conducir, no obstante, hacia un objeto amoroso (otra mujer) igualmente desposeída del pene, es decir, mutilada. O falla la clave narcisista por la que el sujeto homosexual busca su propia imagen en el otro o falla el miedo a la castración por la que el sujeto homosexual niega la ausencia de pene. Para mantener el esquema narcisismo-castración en la homosexualidad femenina se hace necesario apuntalarlo con otros elementos que le sigan prestando validez.

Pero si la homosexualidad femenina comienza a mostrar la debilidad de la argumentación, la existencia de bisexuales y ambisexuales<sup>28</sup> suponen un cuestionamiento más radical aún. No se ve cómo la dimensión homosexual manifiesta de estos sujetos pueda constituir un huída de la heterosexualidad y del miedo a la castración, cuando, en ellos, se da al mismo tiempo una búsqueda y un acceso tanto al hombre como a la mujer. La dificultad es tan evidente, que E. Bergler, consciente de ello, arguye con que no es posible la bisexualidad (contra la evidencia de los hechos) porque «no es posible estar en misa y repicando»<sup>29</sup>. Realmente la argumentación no es un dechado de rigor y análisis científico...Para este autor, la amenaza de castración bloquea la heterosexualidad

---

(28) Mantenemos la distinción realizada por MASTERS AND JOHNSON según la cual, el bisexual presenta una orientación preferente por uno de los sexos mientras que el ambisexual se encuentra igualmente a gusto con cada uno de los dos. (Cfr. MASTERS AND JOHNSON: op. cit. págs. 145-146).

(29) E. BERGLER: op. cit. pág. 345.

y conduce inevitablemente a la homosexualidad. Con razón responde J. Corraze que defenderse de la mujer es una cosa, y pasar de ahí a la homosexualidad es otra. La huida de la mujer puede desembocar en diferentes sistemas de inhibición, en una estructura neurótica o en prácticas perversas que, a su vez, no suponen necesariamente defensas frente a una homosexualidad que no se quiere aceptar<sup>30</sup>. Habría, pues, que concluir que *no toda huida de la castración conduce a la homosexualidad ni toda homosexualidad implica una huida de la castración*.

El miedo a la heterosexualidad puede constituir una motivación importante en el origen de una orientación homosexual. Pero, como indican Masters and Johnson, el miedo a la homosexualidad y al oprobio social consiguiente, pueden también constituir un camino de orientación hacia la heterosexualidad<sup>31</sup>. Sería, sin embargo, ridículo afirmar que todo acceso a la heterosexualidad supone un miedo a la homosexualidad.

Existen muchos caminos para acceder a la homosexualidad y la amenaza de castración constituye quizás uno sólo de estos caminos. Extenderlo a todo tipo de homosexualidad constituye una generalización injustificada. No todo homosexual va al hombre (o a la mujer) porque huye de la mujer (o del hombre), sino porque busca, a partir de una dinámica concreta, algo específico en el hombre (o en la mujer). Del mismo modo, habría que afirmar que el hecho de que el homosexual no se sienta atraído por los genitales del sexo opuesto, no tiene que significar en todo caso que huye de él por miedo a la castración; puede significar, en muchos casos, que, a partir de una dinámica concreta, no le interesa; como no le interesa al heterosexual, a partir de su dinámica, los genitales de otro sujeto semejante a él.

Ya indicamos anteriormente que para J. Laplanche y J. B. Pontalis, el pleno acceso a la organización genital como instaurador de la normalidad, supone una superación del Edipo y de la asunción del complejo de castración. De este modo, queda asegurada para los autores la integración de la homosexualidad como perversión, pues, dan por supuesto que el homosexual no ha asumido el complejo de castración. Además de las razones expuestas para cuestionar tal afirmación, podríamos también interrogarnos por la posibilidad de combinar el hecho, admitido por Freud y muchos psicoanalistas, de que la homosexualidad puede no ir acompañada de ningún otro tipo de síntoma neurótico con la afirmación de que el homosexual no ha superado el complejo de Edipo y no ha asumido la amenaza de castración. Esto supondría negar algo fundamental en el cuerpo conceptual psicoanalítico: el carácter nuclear atribuido al Edipo

(30) Cfr. J. CORRAZE: *La homosexualidad y sus dimensiones*, Madrid 1972, pág. 253.

(31) Cfr. MASTERS AND JOHNSON: op. cit. pág. 339.

y la castración en la configuración de la personalidad y en la etiología de la neurosis. Hablar en este caso de «monosíntoma» supondría una incoherencia y reflejaría, quizás, el último reducto del prejuicio clínico sobre el fenómeno homosexual. El único síntoma vendría dado por la desviación respecto al objeto sexual considerado normal. A partir de todo lo dicho, normal solo podría entenderse en un sentido estadístico, lo cual, no constituye ninguna base para un juicio clínico.

¿Qué constituye, pues, en último término, asumir la castración?

Creemos que se hace necesario ir más allá del supuesto de que la homosexualidad supone una heterosexualidad bloqueada por el miedo a la ausencia del pene o por la no aceptación de la misma. En este sentido, asumir la castración, supone algo más que caminar hacia una heterosexualidad inexorable. Más bien habría que situarla como la *posibilidad de gozar y hacer gozar al otro sin la mala fe de creer que uno es todo para el otro o que el otro pueda constituirse en todo para uno*. En definitiva, se trata, ni más ni menos, que de *aceptar la contingencia y la limitación humana* frente a la omnipotencia del deseo y, en último término, de *aceptar la muerte*. Esto, estamos convencidos, es tan posible y tan difícil tanto para el sujeto homosexual como heterosexual. Porque, como canta L. Cernuda, «el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe».

## 2. Replanteamientos y conclusiones

Es evidente que el análisis del fenómeno homosexual está llamado a efectuar una serie de serios replanteamientos en la medida en que el avance científico va ganando terreno al pavor del fantasma homosexual. Toda una serie de datos ponen en evidencia las deformaciones y racionalizaciones de unos discursos, que a lo largo de la historia, han ido creando una persecución, una marginación e incluso una psicopatología en el mundo homosexual. Su fundamento no ha sido sino la ignorancia alentada por el pánico de una identidad psicosexual amenazada y de una concepción de la sexualidad y de la familia igualmente puestas en peligro. El fantasma no ha sido totalmente exorcizado. Sin embargo, hoy asistimos a un indudable cambio de opinión. Desde las Iglesias, surgen unas llamadas a la reconsideración de sus postulados morales y religiosos<sup>32</sup>, desde

(32) Diversas Iglesias Protestantes han llevado la iniciativa en este sentido, no sólo con replanteamientos morales y religiosos sino incluso emprendiendo una lucha contra la marginación de los homosexuales. Así, la Asamblea Nacional de la Iglesia Unitaria (1970) rechaza en una declaración la consideración psicopatológica de la homosexualidad y ratificó los derechos civiles de los homosexuales. Las Asambleas Nacionales de Presbiterianos y Luteranos de Estados Unidos, aprobaron también una moción en favor de la reforma de la ley en materia homosexual (Cfr. M. S. WEINBERG y C. J. WILLIAMS: *Homosexuales masculinos*, Barcelona 1977, pág. 444). La doctrina oficial de la Iglesia Católica no ha efectuado ningún cambio de

la política, se inicia un movimiento por la defensa de uno de los grupos más marginados a lo largo de la historia<sup>33</sup>; desde el Derecho, se camina también hacia un cambio de legislación que haga desaparecer una normatividad fruto de unos tabúes más o menos irracionales; desde la clínica, por último, se inicia también una tarea por desentrañar la complicidad entre los prejuicios sociales y los juicios clínicos.

A otro nivel, los grupos homosexuales, unas veces con actitudes violentas, otras con reivindicaciones desajustadas, y siempre, con el grito de justicia que corresponde a todo grupo marginado, reclaman su pleno acceso a la vida social y a la existencia como sujetos de pleno derecho sin ningún tipo de condescendencia, perdón, diagnóstico clínico o paternalista benevolencia. Hoy día, se advierte en nuestro país una clara tendencia a la manifestación pública de homosexuales, tanto a nivel de grupo militante como a nivel individual. En el ambiente universitario, lo homosexual va apareciendo progresivamente como un modo más de situarse sexualmente en la vida. La reacción del susto va dejando paso, en estos ambientes, a la de una serena y cada vez menos problemática aceptación. Parece como si fuese ganando terreno la evidencia de que el fenómeno homosexual responde a una muy discutible patología, y sí a una indiscutible marginación e injusticia social. *Tal situación de injusticia y opresión debería constituir hoy día el núcleo de la reflexión ética, de la praxis socio-política e, incluso, de la investigación clínica.* Esta última, también toma conciencia de su complicidad en la generación de una patología homosexual que luego pretende curar de un modo desajustado. Son elocuentes en este sentido las palabras del reconocido psiquiatra Th. Szasz: «La preocupación de la psiquiatría por el concepto patológico de la homosexualidad oculta el hecho de que los homosexuales son un grupo de individuos estigmatizados médicamente y perseguidos

---

posición en los últimos tiempos a propósito de la homosexualidad. Con ello, quizás está relacionado el hecho presentado por el nuevo informe Kinsey de que existe una mayor conflictividad, mayores sentimientos de culpa y baja autoestimación en los homosexuales católicos (Cfr. A. P. BELL - M. S. WEINBERG: *Homosexualidades. Informe Kinsey*, Madrid 1979, pág. 197). Sin embargo, dentro de la moral católica se están llevando a cabo también importantes replanteamientos como los realizados por J. J. McNEILL: *La Iglesia ante la homosexualidad*, Barcelona 1979, y H. VAN DE SPIJKER: *Homotropía. Inclínación hacia el mismo sexo*, Salamanca 1976. (Es muy de destacar la evolución de este autor con relación a su obra anterior: *La inclinación homosexual*, Barcelona 1971). Sobre la necesidad de replanteamientos morales en la Iglesia puede resultar ilustrativo el siguiente texto de la Unión de Homosexuales de Málaga: «...la Iglesia es culpable en primer grado por su visión moral minimalista basada en el concepto de «ley natural», sin considerar que sus formulaciones no alcanzan la moderna antropología y quedan condicionadas en su valor normativo por la ignorancia que de estas cuestiones presentan los textos bíblicos y la moral tradicional que, obviamente, no estaban presentes en aquellos tiempos y sobre los que, por consiguiente, no cae la intención de estos juicios» (Cfr. A. DE FLUVIA: *Los movimientos de liberación homosexual en el Estado Español* en M. S. WEINBERG - C. J. WILLIAMS: op. cit. pág. 494).

(33) Cfr. *Marginación y Democracia*, Misión Abierta, 5 (1979); V. DOMINGO LOREN: *Los homosexuales ante la Ley*, Barcelona 1978.

socialmente (...) Es una despiadada hipocresía el pretender que médicos, psiquiatras o profanos «normales» se preocupen realmente por el bienestar de los enfermos mentales en general o de los homosexuales en particular. Si se preocupasen de veras, dejarían de torturarlos mientras proclaman ayudarles: esto es precisamente lo que los reformadores (sean teólogos o médicos) se niegan a hacer»<sup>34</sup>. Por idénticas razones, la Asociación Psiquiátrica Norteamericana decidió por voto unánime el 15 de diciembre de 1974 dejar de incluir la homosexualidad entre los «trastornos mentales» de su catálogo oficial.

El intento del presente estudio ha radicado en exponer aquellos datos de la biología, la psicología y el psicoanálisis que replantean el diagnóstico patológico de la homosexualidad. Por una parte, las consideraciones biológicas, nos pusieron de relieve un dato clave para la reconsideración: la progresiva desconexión entre el instinto biológico y la orientación sexual. El psicoanálisis, desde otra perspectiva, coincide en este planteamiento desvinculando la pulsión de su posterior objeto. Las investigaciones psicológicas y experimentales vienen a ensanchar el campo de análisis, cuestionando de este modo, aquellos juicios que se derivan del contexto exclusivamente médico de la clínica. Si la clínica nos ilumina el origen homosexual y sus posibles avatares patológicos, la encuesta y el laboratorio impiden las generalizaciones abusivas. La profundidad de la investigación psicológica se complementa y matiza con la mayor extensión, y, a veces, la mayor garantía de objetividad del dato psicológico y experimental. Es evidente, que la complejidad del fenómeno homosexual exige una complementación de perspectivas. Negarse a ello puede suponer la superficialidad del puro dato (frecuente en las investigaciones psicológicas y experimentales) o la generalización injustificada de una investigación profunda, pero sectorializada y parcial (frecuente en las teorías psicoterapéuticas).

Sabemos que son muchas las cuestiones abiertas y por resolver tanto en el laboratorio de biología y psicología, como en la calle con la encuesta, así como en el diván del psicoanalista. Pero creemos sumamente urgente extraer a la luz los datos ya disponibles hoy día, confrontarlos y discutirlos, para seguir progresando en el exorcismo de un demonio que a todos nos habita: el miedo a la homosexualidad. Porque este miedo ha producido horrores: lo han pagado y lo siguen pagando aún en su carne y en sus vidas aquellos, que configurados de un modo diferente por su historia, revelan en su existencia una de las dimensiones de la vida.

**Carlos M. Domínguez**

---

(34) Citado por J. J. McNEILL: op. cit. pág. 179.